

## RESEÑAS

Dos reflexiones finales. Forst pretende establecer una complementariedad entre la teoría crítica frankfurtiana respecto de la teoría del derecho y la justicia de los defensores de un liberalismo comunitarista o simplemente individualista, enfrentándolos a su vez con un enemigo común: los procesos de secularización y la teoría de la persona de Böckenförde y Spaemann. Sin embargo, es difícil que lo consiga. En primer lugar por que hoy día el enemigo declarado de una sistemática jurídica, del pensamiento ilustrado y de los derechos del hombre, ya no estaría tanto en el tradicionalismo iusnaturalista pseudoilustrado como en el radical postmodernismo irracionalista. Desde esta perspectiva hoy día se rechaza la pretendida “excepcionalidad” de la naturaleza humana y de la noción de persona, declarando la “muerte del sujeto”, tanto individual como colectivamente, a la vez que se mantiene una actitud favorable respecto del disenso y el conflicto de las interpretaciones, sin compartir tampoco el criterio procedimental del consenso. Por su parte, Apel concibió en su crítica de la utopía de la comunicación libre de dominio de Habermas una segunda objeción: la propuesta de Habermas puede resultar peligrosa y contraproducente, si pretende eliminar progresivamente de la vida real, sin señalar un camino alternativo, las relaciones de dominación, los grupos de poder, los monopolios y las asimetrías existentes (cfr. Ortiz de Landázuri, C., *El destino de la democracia: ¿Universalismo deliberativo o complementariedad participativa? La última discrepancia entre Apel y Habermas. A propósito de la ampliación de la Unión Europea (1992-1998)*, “Anuario Filosófico” 36/1 (2003) 409-440).

Carlos Ortiz de Landázuri  
Universidad de Navarra  
cortiz@unav.es

HERMAN, B., *Moral Literacy*, Harvard University Press, Cambridge (MA) – London, 2007, 352 pp.

Por lo general empleamos el término “iletrado” más o menos como sinónimo de “analfabeto”; sin embargo en un uso amplio de este término —y de su contrario, “letrado”— podríamos extenderlo a cualquier campo de la actividad humana, para significar la incapacidad —o capacidad— de reconocer y realizar, con cierto nivel de competencia, lo que sea propio de la actividad de la que se trate en cada caso.

## RESEÑAS

Este uso del término “letrado” es el que ha escogido Barbara Herman como título de su última colección de ensayos —*Moral Literacy*— en la que cabe reconocer una clara unidad, expresión del interés que guía la investigación de Herman: las condiciones del juicio y la práctica moral, ya abordadas en su libro anterior (*The Practice of Moral Judgment*, Harvard University Press, Harvard, 1993). Si entonces Herman hacía notar la insuficiente atención que había merecido la cuestión del juicio en las interpretaciones corrientes de la ética kantiana, y planteaba la necesidad de contemplar el imperativo categórico como un momento dentro de la tarea más amplia del juicio moral, ahora se propone explorar el contexto del juicio moral, sus presupuestos institucionales, psicológicos e históricos, que de algún modo conforman el espacio deliberativo dentro del cual se mueve el juicio moral.

El libro consta de 13 ensayos, 9 de los cuales fueron publicados previamente. Aunque la división por partes resulte algo forzada, tal vez se puede decir que los seis primeros versan directamente sobre el contexto psicológico y social del juicio moral, mientras que en los siete restantes tiene más peso la justificación teórica, intrakantiana, de la aproximación desarrollada por Herman.

La conexión del juicio moral con aspectos psicológico-morales ya había sido planteada con toda claridad en el ensayo “Making room for Character” (publicado en S. Engstrom & J. Whiting (eds.), *Aristotle, Kant, and the stoics: rethinking Happiness and Duty*, Cambridge University Press, 1998), y que ahora aparece como primer capítulo de *Moral Literacy*. En él, Herman acogía una de las principales contribuciones aristotélicas al debate filosófico-moral —a saber: que el juicio moral no es cuestión de mera aplicación de reglas—, así como el hecho de que el propio juicio moral presupone el haber destacado los factores moralmente relevantes con anterioridad, para lo cual es preciso desarrollar un carácter moral. Aun reconociendo que la filosofía moral kantiana parece de entrada poco adecuada para justificar la conexión entre carácter y juicio moral, Herman se propone mostrar que aquélla no carece de recursos para afrontar este reto, señalando, de paso, que se encuentra mejor pertrechada que la ética de la virtud, para afrontar problemas normativos característicos de sociedades modernas, marcadamente pluralistas.

Este último tema es afrontado explícitamente en el segundo capítulo, “Pluralism and the community of Moral Judgment”, en el que Herman reconoce la insuficiencia de la categoría “tolerancia”, para abordar la complejidad moral de sociedades pluralistas, y se esfuerza en mostrar las vir-

## RESEÑAS

tualidades de un marco deliberativo kantiano para articular “instituciones locales y principios de juicio, de un modo que preserve el valor local sin sacrificar la objetividad” (p. 43). Ello es parte esencial de esa “moral literacy” que constituye el tema del libro. En efecto: si ser un letrado en moral significa ser capaz de reconocer y realizar los valores morales en el curso de nuestra acción y nuestra vida en general (p. 71), habrá unas condiciones que hacen posible el reconocimiento de esos valores, en las circunstancias ordinarias —o no—, en las que se desenvuelve el juicio moral.

Más allá de lo controvertidas que puedan resultar algunas de las tesis o interpretaciones de Kant subyacentes, lo que convierte a *Moral Literacy* en un libro decididamente interesante es la exploración de ese terreno medio, el terreno de la praxis ética. Este campo es con frecuencia objeto de una calamitosa división del trabajo entre la filosofía moral y las ciencias humanas y sociales; en este libro parecen encontrar de nuevo puntos de intersección razonables. En él, la reflexión filosófico-moral enlaza de manera natural con una reflexión sobre la influencia de prácticas institucionales, educación del carácter y refinamiento de nuestros valores ante problemas morales novedosos. En este sentido resulta particularmente interesante el capítulo 5, “Can virtue be taught? The problem of new moral facts”: “las condiciones para acertar en la práctica no siempre residen en el carácter de buenos agentes; pueden depender del tipo de instituciones sociales que dan forma a la acción y al carácter” (p. 107). Esta atención al contexto institucional de nuestras deliberaciones, así como a los antecedentes históricos de los problemas sobre los que versan nuestras acciones, y el modo en que unas y otras afectan a nuestra percepción moral constituye uno de los alicientes del libro. Muestran que la filosofía moral no es en modo alguno una tarea concluida de una vez por todas.

En la segunda parte del libro —entre los cap. 7 y 13— abundan cuestiones de interpretación de los textos kantianos. Destacaría dos de ellas: “The Will and its objects” —en el que arguye que el principal conflicto kantiano no es tanto entre felicidad y moralidad cuanto entre concupiscencia y moralidad— y “Obligatory Ends”, en los que Herman se propone mostrar la importancia de los deberes positivos. Otros capítulos, como “Moral improvisation” y “Contingency in obligation”, exhiben en su mismo título una clase de intereses que pocos podrían esperar de una autora que se declara kantiana —dentro de lo que he llamado “New Kantian Moral Theory” (González, A. M., *John Rawls and the New Kantian Moral Theory*, en T. Brooks & F. Freyenhagen (eds.), *The Legacy of John*

## RESEÑAS

*Rawls*, Continuum 2005, 152-176)—. Y es que, efectivamente, Herman no se limita a repetir los temas convencionalmente kantianos —interpretaciones del imperativo categórico, cuestiones de normatividad, etc.— sino que se propone explorar nuevos territorios, sirviéndose de un instrumental conceptual fundamentalmente kantiano. Ciertamente, algunos discutirían este último extremo: al adentrarse en el campo de la deliberación y el juicio moral, el Kant de Herman empieza a parecerse “peligrosamente” a Aristóteles, incluso hasta el punto de que algunos enfoques típicamente kantianos —acentos que tal vez querríamos preservar— parecen perdidos. Así ocurre, por ejemplo, con la teoría kantiana de las facultades, en particular, la voluntad, una *pieza* que Herman contempla sobre todo dinámicamente, funcionando en el curso de la deliberación, pero, en esa misma medida, despojada de la connotación metafísica que tan problemática resulta a buena parte de los filósofos contemporáneos del ámbito anglosajón. Con todo, desde el punto de vista de la profundización en el dinamismo y alcance de la racionalidad práctica, el libro de Herman constituye indudablemente una aportación de primera línea.

Ana Marta González  
Universidad de Navarra  
agonzalez@unav.es

HORN, S. (ed.), *Creation and Evolution: A Conference with Pope Benedict XVI in Castel Gandolfo*, Ignatius Press, San Francisco, 2008, 200 pp.

Antes de ser elegido papa, Benedicto XVI solía reunirse cada año con un grupo de alumnos y algunos profesores para reflexionar y debatir un tema previamente elegido. Tras ser elegido Papa ha mantenido esta costumbre y sigue reuniéndose con el mismo fin en Castel Gandolfo, la residencia de verano de los papas. El año 2005 fue testigo de vivas discusiones entorno al ya clásico debate creación-evolución. En el verano de ese año, el *New York Times* publicó un artículo del Card. Schönborn de gran repercusión mediática. A finales de ese año en Dover se celebró un juicio contra el movimiento *Intelligent Design*. La intensidad e interés de estas discusiones llevaron a Benedicto XVI a encargar al Card. Schönborn preparar la reunión del verano siguiente, que giró en torno al debate entre creación y evolución. Fue el 1 y 2 de septiembre de 2006.